

El espesor del presente¹

The Thickness of Present

Jesús Silva-Herzog Márquez

Escuela de Gobierno y
Transformación Pública,
Tecnológico de Monterrey
(México)

jsilvah@tec.mx

DOI: <https://doi.org/10.70467/acs.v2n2.5>

Recibido: No aplica

Aceptado: No aplica

Sección: Análisis y Debate

Cómo citar: Silva-Herzog M., J. (2026). El espesor del presente. *Alternativas en Ciencias Sociales*, 2(2), 109-117.

Abstract. In his essay, Jesús Silva-Herzog Márquez examines how different conceptions of time have shaped Western political theory and why democracy requires a dense and habitable present. Taking Sheldon Wolin's reflection on political time as a starting point, he traces key figures—from Augustinian hope and Machiavellian contingency to the temporal limits of terms of office in liberal democracy (Linz)—and contrasts them with the logics of acceleration and exception (Marinetti, Schmitt) and with contemporary diagnoses of social urgency (Lipovetsky, Rosa, Van Middelaaar). His central thesis is that democratic deliberation depends on rhythms, intervals, and calendars that allow for evaluation, accountability, and debate; without these pauses, politics is reduced to immediate reaction and decision supplants judgment. Against the “tyranny of the instant,” the text reclaims the pause as a condition of responsibility: to think, in an Arendtian sense, requires stopping.

Keywords: political time; liberal democracy; democratic deliberation; acceleration; Sheldon Wolin.

-
1. Este texto constituye la transcripción de la conferencia homónima, impartida en junio de 2026 por el autor en su calidad de miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua, en el marco de las actividades de dicha institución, y disponible en el canal oficial de YouTube de la Academia: <https://www.youtube.com/watch?v=kKZivuxVd8o> Cabe señalar que la transcripción y los paratextos correspondientes fueron elaborados por Fredy Aldo Macedo Huamán, quien agradece al autor y la academia (en particular, a don Adolfo Castañón) su buena disposición para que ello sea posible; por lo que el presente documento constituye una obra derivada del contenido original. Su publicación aquí, solo para los fines y el alcance de este número, cuenta con la autorización expresa del autor, a quien corresponde en exclusiva la titularidad del contenido original, así como la decisión sobre su conservación, difusión o cualquier otro uso, en los formatos, medios y momentos que estime pertinentes.

Resumen. En su ensayo, Jesús Silva-Herzog Márquez examina cómo distintas concepciones del tiempo han configurado la teoría política occidental y por qué la democracia necesita un presente denso y habitable. Tomando como punto de apoyo la reflexión de Sheldon Wolin sobre el tiempo político, recorre figuras clave —desde la esperanza agustiniana y la contingencia maquiaveliana hasta los límites temporales del mandato en la democracia liberal (Linz)— y las confronta con las lógicas de aceleración y excepción (Marinetti, Schmitt) y con los diagnósticos actuales sobre la urgencia social (Lipovetsky, Rosa, Van Middelaaar). Su tesis central es que la deliberación democrática depende de ritmos, intervalos y calendarios que permitan evaluar, rendir cuentas y debatir; sin esas pausas, la política se reduce a reacción inmediata y la decisión suplanta al juicio. Frente a la “tiranía del instante”, el texto reivindica la pausa como condición de responsabilidad: pensar, en sentido arendtiano, requiere detenerse.

Palabras clave: tiempo político; democracia liberal; deliberación democrática; aceleración; Sheldon Wolin.

Sheldon Wolin, profesor durante muchos años en la Universidad de Princeton y autor de un libro clásico sobre el pensamiento político occidental, publicó hace casi 30 años un ensayo breve que pasó casi desapercibido. Apareció en el primer número de una revista académica y no fue recogido en ninguna de sus recopilaciones.

La traducción más directa al español del título sería “¿Qué horas son?”. Pero la pregunta que hacía el título era otra: en realidad se trataba de la pregunta “¿qué tiempo es éste?”. En ese breve ensayo, advertía Sheldon Wolin un serio fracaso de la sensibilidad política:

...el tiempo político —lo cito— está fuera de sincronía con los tiempos, los ritmos y cadencias que gobiernan la economía y la cultura. El tiempo político, especialmente en sociedades con aspiraciones democráticas, requiere un elemento de ocio: no en el sentido de la clase ociosa, que es la forma en que lo concebían los autores antiguos, sino en el sentido, digamos, de un ritmo pausado.

Esto se debe a que la acción política necesita estar precedida de la deliberación, y la deliberación, como sugiere la propia raíz de deliberar, es sopesar con calma. Esto requiere tiempo, porque por lo general ocurre en un entorno de razones en conflicto, pero legítimas. (Wolin, 1997) (La traducción la realizó el autor del presente ensayo)

La política democrática, sostenía Wolin, está llamada a gestionar el pluralismo a través de una conversación que no puede apurarse si es que se le toma en serio. Los procesos constitucionales, el espacio deliberativo,

no admiten fuetes. En contraste, la economía, la cultura y, por supuesto, la tecnología, cambian vertiginosamente.

En esos terrenos no cuenta la cadencia de la discusión pública, la estricta sucesión de etapas que han de cubrirse para completar una tarea constitucional, sino la urgencia del constante relevo. Wolin había sido particularmente sensible a los regímenes del tiempo en la historia del pensamiento político.

En aquel tratado, advertía que toda teoría política implicaba necesariamente una noción del tiempo y una noción del espacio: un sentido de lo que era real y una noción de la aspiración ideal. Advertía Wolin que una de las contribuciones políticas más importantes y originales del pensamiento cristiano fue precisamente su concepción del tiempo.

San Agustín rompe el ciclo de la regularidad. No es ya, a sus ojos, el paso natural que enlaza días y noches; ya no es la vuelta regular que calienta y enfría la Tierra. En la historia agustiniana no hay repetición, sino un solo drama que conduce a un desenlace estremecedor. El tiempo se traza ahora como una secuencia de momentos que encuentran significado definitivo al final del recorrido. El misterio de la historia habrá de resolverse solo después de su fin: es la esperanza lo que le da sentido al tiempo.

El republicanismo de Maquiavelo se separa radicalmente de esa noción del tiempo como una dimensión guiada por la providencia hacia la salvación. El tiempo encuentra sentido en la vida misma. No es solamente que el florentino leyera en el pasado un acervo de la experiencia que habría de nutrir la prudencia del Estado y la virtud cívica; es que apreciaba una trama distinta en el tiempo.

Fue el historiador neozelandés Pocock quien desarrolló brillantemente esa conciencia temporal del republicanismo en un libro clásico sobre el momento maquiaveliano (Pocock, 2003). La teoría republicana descansa precisamente en una idea del tiempo, en una noción de contingencia histórica, en la confianza de que el pasado es inteligible y que la memoria tiene una utilidad práctica. La república se asienta en un tiempo discontinuo. Aquella continuidad del universo jerárquico se rompe para dar paso a la fragmentación.

La república, en efecto, particulariza la historia. No es la humanidad la que camina hacia la salvación o la condena: un príncipe, un ejército, un pueblo, un Estado encaran los desafíos del poder y las sorpresas del mundo. Obra puramente humana, la política se descubre mortal, sujeta a las vicisitudes de la fortuna y a las resistencias de la virtud.

En su “Historia de Florencia”, Maquiavelo (2009) advierte que las provincias pasan del orden a la confusión y luego vuelven de la confusión al orden. La naturaleza, dice Maquiavelo, no ha permitido a las cosas del mundo detenerse. Francisco de Quevedo, en su famoso poema sobre las ruinas de Roma, registra esa brevedad de los imperios: “En Roma ya no se encuentra Roma; cadáver son sus murallas. Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura, huyó lo que era firme; solamente lo fugitivo permanece y dura”. El tiempo de la esperanza agustiniana se convierte, en la república de Maquiavelo, en el tiempo de la responsabilidad. La acción no espera a la otra vida para recompensar o para castigar.

No hay que esperar a la consumación de los siglos para sentir en carne propia las consecuencias de la ineptitud, de la cobardía, de la imprevisión. Es en la audacia, en la anticipación, en la determinación de los príncipes donde está el secreto de la gloria, y está en la virtud cívica el secreto de la grandeza de las repúblicas.

Podríamos decir que la democracia liberal es, en algún sentido, heredera distante de esa noción fragmentaria del tiempo. Lo es, en primer lugar, porque, como cualquier otro, es un régimen perecedero –lo constatamos hoy: las democracias mueren–. Lo es también porque establece gobiernos con un mandato temporalmente limitado.

El politólogo español Juan Linz analizó las restricciones temporales de la democracia, sosteniendo que la democracia es necesariamente un gobierno *pro tempore* (Linz, 1998). No embona en ninguna noción democrática la idea de un poder vitalicio. El establecimiento de mandatos pasajeros es una de las barreras más importantes del absolutismo.

Un calendario de elecciones frecuentes funda la esperanza de los opositores y el apremio a los gobernantes para responder a tiempo a las exigencias ciudadanas. Cuando Linz, el Linz institucionalista, analiza la frecuencia con la que debe convocarse a elecciones, subraya que en la democracia hay necesariamente un ritmo. El calendario debe encontrar el punto que concilie rendición de cuentas y eficiencia. Es claro, y eso lo ponderaron con mucha agudeza los federalistas, que votar todos los días anularía el poder de cualquier gobierno, y que votar cada diez años cancelaría la posibilidad misma de corregir el rumbo.

La ley debe abrirle tiempo a un nuevo gobierno para familiarizarse con las complejidades de la administración. Debe darle tiempo para diseñar sus principales políticas. Debe darle tiempo también para negociar en el Congreso esas propuestas y tiempo para ponerlas en marcha. Una vez puestas a andar, debe haber un periodo razonable para examinar sus

resultados y corregir, si fuera necesario. Tiene sentido, dice Linz, que el electorado se pronuncie sobre ese gobierno, que lo evalúe para premiarlo o castigarlo, una vez que tenga elementos de juicio, es decir, cuando se hayan cumplido esas etapas.

El permiso del gobernar que surge del voto implica necesariamente un compromiso de paciencia. El ritmo de la democracia es pausado, y buena parte de sus enemigos le echa en cara su lentitud. Pienso en dos autores que revelan con toda nitidez el antiliberalismo del apresuramiento.

Pienso, primero, en ese hombre que se describió a sí mismo como la cafeína de Europa: Filippo Tommaso Marinetti. Su “Manifiesto futurista” no es solamente una declaración de provocaciones estéticas que encuentran modelo en las máquinas y en los coches; es el intento de estetizar la política a través de la destrucción (Marinetti, 1995).

“Una nueva belleza enriquece al mundo”, dice en su manifiesto, “la belleza de la velocidad”. Ninguna tradición, ningún museo, ninguna obra sublime podría competir con la belleza de un coche. Tengan alas o ruedas, las máquinas de velocidad están destinadas a borrar el pasado. No se trataba simplemente de un panfleto que llamaba a incendiar las galerías y a arrojar todo el arte viejo al mar. Se trataba de una convocatoria política. El pantano burocrático del parlamentarismo era, a sus ojos, el más incompetente de todos los regímenes que había ideado la humanidad: un engranaje monótono y torpe. El gobierno parlamentario, insiste, es un gobierno idiota, pero es algo peor: es un gobierno lento, un gobierno atado a las imposiciones del pasado.

Marinetti proponía remplazar el parlamento por un consorcio de corporaciones activas. Proponía abolir el Senado y colocar en su lugar un consejo de jóvenes que se convertirían en el acicate de la acción política. Si el Senado tradicional era una asamblea de viejos dedicados a contener la impulsividad de la asamblea popular, el nuevo cuerpo tendría la función de acelerar la política; contra la reflexión, la intuición jovial.

Esa turbina de jóvenes impetuosos eliminaría la cobardía que hay en la prudencia, la lentitud a la que obligan los debates y la parálisis que se impone en la absurda reverencia por la tradición. El Estado convertido en un proyectil.

Pienso también en Carl Schmitt, el teólogo constitucional que desarrolló las nociones que han dado fundamento a los populismos contemporáneos. Lo político –esa categoría que es la columna vertebral de su filosofía– desaparecía en la tibieza de la deliberación parlamentaria, en la búsqueda

de las coincidencias que rehuía la decisión, en la ilusión de que las reglas podían domesticar lo que era irremediablemente indómito. Lo político, sostuvo Schmitt, reside en el antagonismo, en esa batalla existencial entre amigos y enemigos (Schmitt, 2014).

No hay, a su juicio, regla que apisone un suelo común. Y ante la torpeza del régimen discutiendo, advertía la llegada inevitable del “legislador motorizado”, así lo llama. Cada vez las reglas se expiden a la mayor velocidad: la máquina de hacer leyes acelera su producción a un ritmo que antes habría sido inimaginable. Schmitt advertía el cambio: “Leyes motorizadas, decretos motorizados”. Expresión directa de una voluntad soberana, estas reglas escapan de la distracción que imponía el atender voces irrelevantes: decretos motorizados, leyes motorizadas. En México, podríamos agregar una categoría que no logró imaginar el gran abogado del nazismo: en estas tierras hemos fundado ya el constitucionalismo motorizado.

La modernidad supone una aceleración del tiempo. Esa ha sido una de las líneas de reflexión del sociólogo alemán Hartmut Rosa, integrante de lo que ya podría considerarse la cuarta generación de la Escuela de Frankfurt. La sociedad moderna es eso: una sociedad de la aceleración. El afán de crecimiento y el dinamismo tecnológico no son ya vistos por él como un impulso de progreso, sino como una fuente de angustia (Rosa, 2016).

Para mantenernos en el mismo lugar, hay que cambiarlo todo constantemente. Los cambios económicos, culturales y tecnológicos se suceden a una velocidad cada vez mayor: las modas, los estilos, los empleos, las convicciones políticas, las herramientas tecnológicas cambian todos los días. Una cadena de revoluciones nos hace percibir de otra manera el paso del tiempo. La sensación predominante es que el presente se contrae.

Nuevamente, es Quevedo quien da en el blanco: “hoy pasa, y es, y fue”. Si Octavio Paz dijo acertadamente en “Postdata” que el tiempo de la democracia es el presente, es porque veía ese tiempo como un periodo espacioso y hospitalario. Para la vida democrática, es indispensable el espesor del presente.

El hoy democrático del que hablaba el poeta es un tiempo que permite la reflexión común, un tiempo que permite examinar las consecuencias de la decisión, un tiempo que respeta los rituales de la crítica. Es imposible compactar el diálogo en el clic de un instante. Si la democracia liberal en el mundo está amenazada por el contraconstitucionalismo —que aloja en la Constitución la negación de sus principios esenciales—, si la democracia

liberal enfrenta el contagio de la enemistad irreconciliable, también encara otro peligro muy serio: la tiranía del instante. La inmediatez reduce a la política a un juego de reflejos.

Vale recordar a Ortega, que veía en “La rebelión de las masas” (2014) que todo estaba lleno: las ciudades están llenas de gente, las casas llenas de inquilinos, los hoteles llenos de huéspedes, los trenes llenos de viajeros, los cafés llenos de consumidores, los paseos llenos de transeúntes, las salas de los médicos famosos llenas de enfermos.

Si la aglomeración era el dato crucial de su tiempo, el dato del nuestro es la prisa. Llegar antes, responder de inmediato, anticiparse a los demás, exigir respuesta instantánea, sentir el retraso como la peor de las bofetadas. Gilles Lipovetsky retrata por eso a la sociedad contemporánea como una sociedad que ha desarrollado una intolerancia absoluta al aplazamiento del deseo: la sociedad impaciente (Lipovetsky, 2006).

Hace muy poco tiempo, el Partido Laborista británico obtuvo un triunfo extraordinario, destrozando prácticamente al Partido Conservador. Cien días después de su victoria, la popularidad del primer ministro se había ido a los suelos: un desplome, al parecer, sin precedentes en la historia política británica. Un gobierno que había sido electo para terminar con el caos de los frágiles gobiernos conservadores, terminó de inmediato convertido por la opinión pública en parte responsable de ese caos. Linz pensaba en la democracia como un gobierno *pro tempore*: un gobierno limitado por el tiempo, pero también guarecido por el tiempo.

Hoy parece que se le concibe como un espectáculo *pro instantis*. El plazo para entregar resultados no se mide con el calendario, sino con el cronómetro. Las pausas de la política democrática chocan con la impaciencia del individuo y las urgencias de la sociedad. En microsegundos se concretan transacciones financieras multimillonarias, en cambio la democracia liberal es inevitablemente lenta. Pide debate, necesita consenso, reclama paciencia para constatar las consecuencias de decisiones en el mediano plazo. Necesitamos esperar a que inicien las sesiones del Congreso, que se vote la resolución judicial, que los partidos encuentren el acuerdo necesario para aprobar una ley, que se concrete el relevo de la administración.

De ahí la tensión de pisar el acelerador autoritario, renunciar por lo tanto a una planeación que es incapaz de anticipar los torbellinos, negarle sitio al debate y entregarse de plano a la contención de los incendios. Luuk van Middelaar, filósofo político que conoce muy de dentro la mecánica de la política europea, sugiere en varios trabajos que el regreso de los tiempos

maquiavélicos nos lleva a dejar atrás la política de las reglas para abrazar de lleno la política de los eventos (Van Middelaar, 2021).

Las democracias liberales nacieron bajo las políticas de las reglas. Europa se construyó con tratados y pactos constitucionales; levantó estructuras burocráticas, estimuló intensas discusiones. El gran problema, dice el filósofo holandés, es que esa compleja mecánica es irremediablemente lenta, y la dificultad para procesar estas urgencias dentro de cauces regulares, la intolerancia de la ciudadanía ante la torpeza de las máquinas, nos lleva a adoptar esa política de eventos: una política que reacciona a la emergencia y los golpes de afuera. Una política que no encuentra serenidad para encontrar razones, para proponer reglas generales, para ventilar los asuntos públicos en la opinión. Lo que importa es la decisión inmediata, firme y visible. Todo esto nos lleva a una pregunta crucial: ¿hay un límite de velocidad al que se debe sujetar la democracia?

Hannah Arendt tomaba como guía una conocida frase en inglés que le llamaba la atención: “Detente y piensa” (Arendt, 2007, p. 119). Para pensar, decía ella, había que quedarse quieto, por lo menos por un momento; nadie puede pensar a menos de que haga una pausa. Si alguien se encuentra en una actividad sin descanso, no podrá desarrollar una conciencia de responsabilidad sobre sí mismo y sobre lo que hace. Una democracia necesita abrir espacios para una reflexión tranquila y rechazar la decisión apresurada. En el despotismo de la prisa, la hora sofoca la deliberación y anula las condiciones de pensar. Muchas gracias.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2007). Algunas cuestiones de filosofía moral. En *Responsabilidad y juicio* (pp. 75-150). Paidós
- Maquiavelo, N. (2009). *Historia de Florencia*. Tecnos
- Marinetti, F.T. (1993). Manifiesto del futurismo. En L. Cirlot (Ed.), *Primeras vanguardias. Textos y documentos* (pp. 80-83). Labor.
- Linz, J.J. (1998). Democracy's time constraints. *International Political Science Review*, 19(1), 19-37
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.
- Ortega y Gasset, J. (2014). *La rebelión de las masas y otros ensayos*. Alianza Editorial.

Paz, O. (1970). *Posdata*. Siglo XXI.

Pocock, J.G.A. (2003). *The Machiavellian moment: Florentine political thought and the Atlantic republican tradition*. (Edición revisada que incluye epílogo). Princeton University Press.

Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz.

Schmitt, C. (2014). *El concepto de lo político*. Alianza Editorial.

Van Middelaar, L. (2021). *Pandemonium: Saving Europe*. Agenda Publishing.

Wolin, S. (1997). What time is it? *Theory & Event*, 1(1), <https://dx.doi.org/10.1353/tae.1991.0003>